

The background of the cover features an abstract composition. A large, irregular black shape is centrally located, surrounded by numerous smaller, circular purple and magenta spots. A network of thin, light-colored lines crisscrosses the page, connecting various points, some of which are small black dots. The overall aesthetic is minimalist and modern.

JUNICHIRO
TANIZAKI
**El cortador
de cañas**

El cortador de cañas, publicado en 1932, entre *Naomi* (1924-1925) y *El retrato de Shunkin* (1933), es una pequeña obra maestra que sintetiza las preocupaciones temáticas y formales de Tanizaki en la etapa determinante de su carrera: la narración de un desconocido que aparece como una sombra entre las cañas de la ribera del río, en una noche de contemplación de la luna llena; un relato dentro de un relato, volcado en los moldes formales de la novela clásica del antiguo Japón; una sociedad que se aferra a los últimos destellos de la civilización que fue; una historia de amor triangular, donde la pasión se nutre de renunciaciones y connivencias.

*¡Qué desdichado soy sin ti, cortando cañas!
La vida en la bahía de Naniwa se me hace cada vez más du-
ra.^[1]*

Fue en un mes de septiembre; yo vivía aún en Okamoto. Hacía un tiempo espléndido, y una tarde —en realidad acababan de dar las tres— sentí de pronto ganas de ir a algún sitio. La hora era avanzada para ir muy lejos, pero los alrededores ya los conocía; tiene que haber, pensé, algún lugar oscuro y olvidado donde se pueda ir dando un paseo y volver en dos o tres horas. Entonces me acordé del santuario de Minase, al que tenía intención de ir y hasta entonces no había podido. El santuario de Minase está en el lugar que en otro tiempo ocupó el palacio de recreo del emperador retirado Gotoba. El primer capítulo del *Espejo superior* lo describe así:

Su Majestad restauró los palacios de Toba y Shirakawa y residía en ellos habitualmente, pero más tarde edificó una amenísima residencia en un paraje llamado Minase, a la que viajaba a menudo para disfrutar de las flores y el follaje en primavera y otoño, y donde se regalaba a su antojo con diversiones que eran muy comentadas. La dilatada vista sobre el río que se dominaba desde el lugar era hermosa por demás. En la época Genkyū, Su Majestad convocó un certamen de poemas en chino y en japonés, y una de las piezas sobresalientes fue esta:

La neblina primaveral al pie de la montaña vela el río Minase:
¿Por qué han de ser preferibles las tardes de otoño?^[2]

Las galerías y pasarelas cubiertas que hizo construir eran extensas, bellas y elegantes. La disposición de las rocas en la cascada del montecillo alzado frente al palacio, en el jardín las ramas entrelazadas de los pequeños pinos y los árboles de montaña cubiertos de musgo, realmente lo convertían en una mansión digna de florecer siglos y siglos. Una vez que estuvo acabado el jardín, Su Majestad ofreció un concierto para muchos invitados, al término del cual el consejero medio Teika^[3] (que entonces era todavía de bajo rango) presentó estos versos:

No envejecido por sus primeros mil años,
El joven pino de la cumbre jura lealtad a mi señor.
Las aguas que en tiempo de mi señor desviamos por el jardín
Discurren sobre mil peñas, mil reinados.

De ese modo Su Majestad pasaba buena parte de la estación de las flores y de la estación de las hojas en el palacio de Minase, acompañado por los sonidos del koto y de la flauta y gozando de toda clase de entretenimientos.

Desde que hace muchos años leí por primera vez *El espejo superior* pensaba yo en el palacio de Minase. Me gustaba mucho el poema del emperador retirado: «La bruma primaveral al pie de la montaña vela el río Minase: / ¿Por qué han de ser preferibles las tardes de otoño?». Muchas otras composiciones tuyas, como el poema sobre la bahía de Akashi, «La barca del pescador entra bogando en la neblina», y «Yo soy el nuevo guardián de la isla», sobre la isla de Oki, me gustaban también y me venían a la memoria con frecuencia; pero anhelaba la vista cálida y encantadora del curso alto del río Minase que imaginaba al recitar ese poema en particular. Antes de conocer la geografía de la región de Kansai no me molesté en localizar el lugar exacto, aunque me figuraba que Minase estaría en los alrededores de Kioto; pero desde hacía poco sabía que el palacio había estado cerca de la divisoria entre las provincias de Yamashiro y Settsu, a orillas del río Yodo y a un kilómetro de la estación de Yamazaki, y que allí se alzaba todavía un san-

tuario dedicado al emperador retirado Gotoba. Era buena hora para hacer una excursión al santuario de Minase. Podía ir directamente a Yamazaki en el tren de vapor, pero aún sería más fácil tomar la línea eléctrica Hankyū y cambiar a la línea Nueva Keihan. Más aún: era el día quince del octavo mes según el calendario antiguo, y a la vuelta podría gozar de la vista de la luna llena desde las orillas del Yodo^[4]. Con esa idea me puse en marcha, solo y sin decir dónde iba, ya que no era un plan aconsejable para llevar a mujeres y niños.

Yamazaki está en la provincia de Yamashiro, distrito de Otokuni, y Minase en la de Settsu, distrito de Mishima. Tomando la línea Nueva Keihan de Osaka a Ōyamazaki se cruza el límite de Settsu con Yamashiro, y luego hay que volverlo a cruzar para retroceder hasta el sitio del palacio. Sólo en otra ocasión había estado yo en Yamazaki, paseando por los alrededores de la estación de la línea Nacional; esa tarde era la primera vez que me aventuraba a pie por la carretera de las Provincias Occidentales, en dirección al oeste. A poca distancia se bifurca, y junto al ramal derecho hay un mojón con una inscripción antigua que marca el camino de Akutagawa a Itami por Ikeda. Pensando en las descripciones de las batallas de Araki Murashige e Ikeda Shōnyūsai en la *Crónica de Nobunaga*, recordé que aquellos generales de la época de los Estados Combatientes actuaron en una franja de territorio que unía Itami, Akutagawa y Yamazaki. Antiguamente, pues, aquel tuvo que ser el camino principal; la vía sinuosa que yo seguía a lo largo del Yodo sería útil para la navegación, pero probablemente poco apropiada para viajar por tierra, porque atravesaba muchos lugares pantanosos y cañaverales. Tenía yo idea, por cierto, de que el transbordador de Eguchi no quedaba lejos de las vías que me acababan de llevar hasta allí. Hoy Eguchi forma parte del Gran Osaka, y con la expansión de Kioto el año pasado Yamazaki ha quedado absorbida por la metrópoli; pero debido a su clima la zona comprendida entre

Kioto y Osaka no ha corrido la misma suerte que la que se extiende de Osaka a Kobe. Como no parece que de momento vayan a desarrollarse en ella «ciudades rústicas» ni «urbanizaciones culturales», puede ser que conserve todavía por algún tiempo su aspecto de páramo. Antiguamente sería aún más inhóspita que ahora; en *El tesoro de los vasallos leales*^[5] se dice que el camino estaba infestado de jabalíes y bandoleros, y todavía hoy las casitas que bordean la carretera, con sus techos de paja, parecen cosa de tiempos remotos para la vista acostumbrada a los pueblos de aspecto occidental que se suceden a lo largo de la línea Hankyū. Fue aquí donde Sugawara Michizane abrazó el budismo camino del destierro —«Afligido por un castigo sin razón, se tonsuró en Yamazaki», dice *El gran espejo*—, y aquí donde compuso el famoso poema que comienza: «Las copas de los árboles donde tú vives»^[6]. Se trata, pues, de un antiquísimo camino de postas. Es muy posible que Yamazaki fuera ya estación de posta cuando se construyó la capital Heian. Sobre aquellas cosas iba yo rumiando mientras marchaba por la carretera y examinaba cada una de las casas, que en la sombra de sus aleros parecían guardar algo del aire del shogunato.

Pasé un puente sobre un río que tenía que ser el Minase, y luego de caminar otro poco abandoné la carretera y torcí a la izquierda para llegar al sitio del palacio. Allí se alza ahora un santuario nacional en memoria de Gotoba, Tsuchimikado y Juntoku, los tres emperadores que conocieron el mismo trágico destino en la guerra de Jōkyū^[7]; pero ni el parque ni los edificios son particularmente dignos de nota en una región rica en espléndidos santuarios y templos budistas. Aun así me dejé conmover por cada árbol y cada piedra, recordando lo que antes he citado del *Espejo superior* y pensando en aquellos cortesanos de los primeros tiempos de la era Kamakura que celebraban las estaciones con banquetes en aquel mismo lugar. Me senté al borde

del camino para fumar un cigarrillo, y después recorrí el parque, que no era demasiado extenso. Aunque no distaba mucho de la carretera, formaba como un islote acogedor, apacible y retirado, detrás de un puñado de casas de labranza en cuyos toscos vallados florecían toda clase de plantas otoñales. No era posible que el palacio del emperador retirado Gotoba ocupara un terreno tan reducido; tuvo que llegar hasta la orilla del río Minase, que yo acababa de dejar atrás. Sería allí, sentado en un pabellón al borde del agua o paseando por el jardín, donde el emperador retirado, volviendo la mirada aguas arriba, pondría en palabras su emoción ante la bruma primaveral al pie de la montaña que velaba el río Minase.

Cierto día de verano Su Majestad se trasladó al pabellón de pesca del palacio de Minase. Estando allí en compañía de algunos jóvenes nobles y cortesanos, mandó servir agua helada, gachas de arroz frías y otros manjares^[8]. Cuando empezaron a beber dijo: ¡Qué maravillosa mujer fue Murasaki Shikibu! Su *Historia de Genji* es francamente extraordinaria. El hijo de Genji y sus compañeros le aderezan truchas de un riachuelo cercano y percas del río Katsura. ¿Habría hoy quien cocinara así? Un oficial de la guardia llamado Hata estaba de servicio al pie de la balaustrada, y oyó aquellas palabras de Su Majestad. Entonces lavó en agua fría un poco de arroz blanco, esparció los granos sobre unas hojas de bambú enano arrancadas de la orilla del lago y se las ofreció al emperador retirado. ¡Ya entiendo...! ¡Al levantarlo se deshará!^[9] Tampoco esto es pequeño esfuerzo, dijo Su Majestad, y despojándose de una de sus túnicas se la regaló al oficial. No era infrecuente aquella clase de festines.

Relacionando ese pasaje con lo que me rodeaba, pensé que el lago del pabellón de pesca tenía que tener comunicación con el Minase. Y hacia el sur, probablemente a unos centenares de metros por detrás del santuario, discurre el

río Yodo. Desde allí no se veía, pero en su otra orilla la cumbre del boscoso monte Otoko parecía suspendida encima de mí, como si no nos separase la corriente de un gran río. Alcé la vista a aquella umbría montaña del Iwashimizu^[10], y luego a la cima del monte Tennō, que se alzaba enfrente, al norte del santuario. Cuando venía andando por la carretera no me había fijado, pero al mirar entonces en todas direcciones me di cuenta de que el valle era como la base de un caldero, y los montes por el norte y por el sur como biombos que delimitaban el cielo. Estudiando la posición de los montes y los ríos entendí fácilmente por qué en la época Heian se estableció una barrera de control en Yamazaki, y por qué fue un punto estratégico para todo el que pretendiera invadir Kioto. La llanura de Yamashiro, que rodea Kioto por el este, y la que forman las provincias de Settsu, Kawachi e Izumi en torno a Osaka por el oeste, se contraían aquí en un paso estrecho por el que discurría un solo río caudaloso. De modo que Kioto y Osaka están unidas por el río Yodo, pero tienen diferente clima y cultura, y la divisoria está ahí. En Osaka dicen que hay días en que el cielo está claro al oeste de Yamazaki mientras llueve en Kioto, y que en invierno se nota el descenso de la temperatura cuando el tren que va a Kioto pasa por Yamazaki. Es verdad que las aldeas, con sus muchos bosquecillos de bambú, la arquitectura de las casas de labranza, la forma de los árboles y el color de la tierra, recuerdan los alrededores de Saga, como si la campiña de Kioto se prolongara hasta aquí.

Salí de los terrenos del santuario, y cruzando la carretera seguí un sendero hasta el río Minase y me encaramé a un ribazo. El perfil de los montes sobre el río y el aspecto de la corriente seguramente habrán cambiado en setecientos años, pero la encantadora vista que se ofreció a mis ojos venía a ser la misma que imaginaba al leer el poema del emperador retirado. Siempre había pensado que sería así. No era un paisaje de belleza deslumbrante, ni un escenario

grandioso con precipicios escarpados o rápidos que horadaban las peñas. Colinas suaves y una corriente mansa, bajo el velo delicado de la niebla vespertina: un escenario amable, refinado y sereno, como de pintura *yamato-e*^[11]. Cada cual ve la naturaleza a su manera, y habrá quizá quien piense que esa clase de paisaje no merece una mirada. A mí, por el contrario, son esos montes y esos ríos vulgares, ni majestuosos ni incomparables, los que me invitan a una dulce ensoñación y me dan ganas de quedarme para siempre. Un panorama así podrá no sorprender a los ojos ni arrebatarse el espíritu, pero recibe al viajero con sonrisa de amigo. En un primer momento no parece gran cosa, pero permaneced un rato y os sentiréis rodeados de un dulce afecto, como en los tibios brazos de una madre amorosa. En la soledad del crepúsculo, sobre todo, querría uno fundirse con esas brumas río arriba, que parecen llamarle desde lejos. Como dijo el emperador retirado Gotoba, ¿Por qué han de ser preferibles las tardes de otoño? En un atardecer de primavera, con una calima rojiza tendida al pie de las graciosas colinas, con cerezos en flor diseminados por las riberas, sobre las cimas y en los valles, ¡cuánto más cálido sería el ambiente! Sin duda era algo así lo que veía el emperador retirado. Pero sólo el hombre de ciudad y de gustos más cultivados sabe apreciar la verdadera elegancia; de no ser por la sensibilidad estética de los cortesanos, aquel despliegue de finura en lo vulgar quizá habría parecido carente de interés. Plantado en lo alto del ribazo mientras la tarde se ensombrecía en torno, volví la vista aguas abajo, y, buscando el sitio del pabellón de pesca donde el emperador retirado comía gachas frías con sus dignatarios y cortesanos, recorrí con la mirada la orilla derecha y vi que la cubría un tupido bosque hasta detrás del santuario. Toda aquella ancha franja arbolada había tenido que ser el solar del palacio de recreo. Desde allí se divisaban el gran río Yodo y la entrada en él de las aguas del Minase. En un instante se me aclaró la estratégica situación del palacio. Miraría

al Yodo por el sur y al Minase por el este, y abarcaría un magnífico y extensísimo parque en la lengua de tierra formada por su confluencia. En ese caso sí, el emperador retirado podría bajar embarcado desde Fushimi y atracar al pie de la balaustrada del pabellón de pesca, e ir y venir a su antojo de allí a la capital. Eso concuerda con el texto del *Espejo superior*, que dice que Su Majestad venía a pasar gran parte de sus días en el palacio de Minase. Me acordé de las suntuosas villas de la clase pudiente que en mi infancia se alzaban a orillas del río Sumida, en Hashiba, Imado, Komatsujima y Kototoi^[12]. Tal vez no sea acertada la comparación, pero cuando el emperador retirado celebraba elegantes banquetes en este palacio, y decía: «¡Qué maravillosa mujer fue Murasaki Shikibu! ¿Habría hoy quien cocinara así?», o: «¡Ya entiendo...! ¡Al levantarlo se deshará!», y recompensaba a su servidor con un regalo, ¿será sólo idea mía que algo de ese comportamiento hace pensar en los exquisitos de Edo? El río Sumida es soso, pero la vista del gran Yodo, con el trajín de los barcos a la sombra de las verdes laderas del Otoko, tuvo que servir de solaz al emperador retirado y acrecentar su afición al lugar. Después, cuando, fracasada la conspiración para acabar con el shogunato, vivió diecinueve tristes años en la isla de Oki, escuchando el viento y las olas y recordando su pasada gloria, serían el perfil de estas colinas y el color de estas aguas y los muchos y suntuosos festejos celebrados en este palacio lo que más a menudo acudiera a su mente. Sumido en esas reflexiones, vagaba mi fantasía dibujando visiones de aquellos tiempos, y en lo hondo de mis oídos sonaban los ecos de las cuerdas y los vientos, el murmurar de las aguas del lago, y al final hasta las voces felices de nobles y cortesanos. Entonces me di cuenta de que empezaba a oscurecer, y cuando saqué el reloj eran ya las seis. El día había sido tan caluroso que la caminata me había hecho sudar, pero al ponerse el sol sentí el frío de la brisa de otoño. De pronto tuve hambre. Tendría que encontrar algún sitio don-

de cenar mientras esperaba la salida de la luna. Dejé la orilla y volví a la carretera.

Evidentemente no era el tipo de pueblo donde buscar un buen restaurante; me bastaba calentarme con algo, y al ver las luces de una fonda entré, me bebí un cuartillo de sake y me tomé dos cuencos de *kitsune udon*. Antes de irme le pedí al patrón que me calentara una botella de sake de Masamune, y provisto de ella bajé hacia el lecho del río por un camino que según el patrón conducía al embarcadero. Al comentarle yo que me apetecería embarcarme en el Yodo para contemplar la luna, me había dicho: En ese caso, justo donde termina el pueblo hay un transbordador que lleva a Hashimoto, en la orilla de enfrente. Lo llamamos transbordador, pero el río es ancho y en medio hay un banco de arena. Se cruza primero de este lado al banco y después se pasa en otra barcaza al otro lado: mientras tanto podrá usted disfrutar de la vista del río. Hay un barrio de diversión en Hashimoto, añadió, y por eso el transbordador, que atraca al lado, funciona hasta las diez o las once de la noche. Puede usted ir y volver todas las veces que quiera y gozar de la vista hasta hartarse. Agradecido por su amabilidad emprendí la marcha, sintiendo el aire fresco de la noche en mis mejillas acaloradas. El camino me pareció más largo de lo que había dicho el patrón, pero cuando llegué al embarcadero vi que, efectivamente, en el río había un banco de arena. Aguas abajo tenía su extremidad justo enfrente de mí, pero aguas arriba se perdía en la vastedad del crepúsculo, como si no acabara nunca. Podría no haber sido una isla en medio del gran río, sino una punta de tierra formada por la confluencia del Katsura y el Yodo. Lo cierto es que el Kizu, el Uji, el Kamo y el Katsura, todos se juntan en la zona, donde convergen las aguas de cinco provincias: Yamashiro, Ōmi, Kawachi, Iga y Tamba. Según un viejo libro ilustrado que lleva por título *Una mirada a las orillas del río Yodo*, hubo un transbordo llamado el Paso del Zorro un poco más arriba, donde el río tenía doscientos metros de an-

cho. Aquí el cauce podía ser aún mayor. El banco no estaba en medio del río sino mucho más cerca de la orilla donde yo me encontraba. Mientras esperaba sentado en el arenal, vi alejarse la barcaza del parpadeo de luces de Hashimoto allá enfrente y venir bogando. Los pasajeros desembarcaron y atravesaron el banco hasta el lado de acá, donde una segunda barca les esperaba. Hacía muchos años, pensé, que no subía a un transbordador; pero en comparación con los que recordaba de mi niñez, en Sanya, Takeya, Futago y Yaguchi^[13], aquel parecía más distinguido por la interrupción del banco de arena. Era tan sorprendente que aún subsistiera un medio de transporte tan arcaico entre Kioto y Osaka, que me felicité por haber descubierto una rareza.

En el citado libro *Una mirada a las orillas del río Yodo*, la ilustración correspondiente a Hashimoto muestra la luna sobre el monte Otoko, acompañada de un waka de Kageki: «Monte Otoko: / a la luz de la luna que se eleva sobre la cumbre / se ven en todas direcciones / las barcas del río Yodo», y un haiku de Kikaku: «¡Luna llena! ¿Cuándo fue viejo el monte Otoko?»^[14]. Al ir aproximándose mi barca al banco de arena, el monte Otoko se erguía oscuro en un cielo con los últimos vestigios del arrebol. Tenía encima una luna perfectamente redonda, igual que en la ilustración, y su tupido manto de árboles era como un terciopelo. Cuando el barquero nos invitó a pasar al otro lado del banco para subir a la segunda barca, yo le dije que me embarcaría más tarde, porque quería disfrutar allí un rato de la brisa del río. Pisando hierba bañada de rocío me acerqué solo a la punta y me senté en cuclillas entre las cañas del borde. Desde allí, como desde una barca en mitad de la corriente, se dominaba una vista completa de las dos riberas a la luz de la luna. Mirando aguas abajo tenía la luna a mi izquierda. El río, ahora envuelto en una romántica luz azul, parecía todavía más ancho que en el ocaso. Frases melifluas y sonoras de obras chinas que no había recordado en muchos años —el

poema de Tu Fu sobre el lago T'ung-t'ing, versos de *La canción del laúd* y parte de *El acantilado rojo*— me vinieron a los labios^[15]. En un anochecer como aquel serían muchas las embarcaciones que surcaban el río antiguamente, como dice Kageki: «se ven en todas direcciones, las barcas del río Yodo»; pero ahora no había a la vista embarcación de ninguna clase, aparte de la barcaza intermitente con sus cinco o seis pasajeros. Bebiendo a morro de la botella de Masamune, me entregué a los efectos del sake y canté: «De noche junto al río en Xunyang despido a mi invitado; / las flores de la lespedeza y las hojas del arce / suspiran con el viento». Mientras cantaba se me ocurrió pensar que la escena de *La canción del laúd* de Po Chū-i tuvo que producirse allí también muchas veces, junto a aquellos cañaverales espesos^[16]. Eguchi y Kanzaki no estaban muy lejos río abajo; no pocas cortesanas surcarían, pues, estas aguas, moviendo con pértigas sus barquichuelas entre las cañas. En el prólogo al poema «Viendo cortesanas», un erudito del período Heian, Ōe-no-Masahira, describe la prosperidad y lamenta la licenciosidad de estas riberas:

Kaya se extiende sobre la divisoria de tres provincias, Yamashiro, Kawachi y Settsu, y es uno de los puertos más importantes del país. Todo el que viaje en una u otra dirección, procedente del oeste, del este, del sur o del norte, tiene que pasar por aquí. Mujeres jóvenes y viejas de todo el país se reúnen en este lugar para ofrecer sin recato la venta de sus favores. Visitan las aldeas, amarran su barca a las puertas y esperan a los clientes en el río. Las jóvenes extravían a los hombres con sus maquillajes y sus canciones; las viejas se disimulan bajo una sombrilla y hacen señas con la pértiga... ¡Ay! Dicen que el decoro detrás de unas cortinas de color esmeralda en una alcoba roja es otro en todos los aspectos, pero un encuentro de placer sobre las ondas ¿no viene a ser lo mismo? Cada vez que paso por aquí se me escapa un largo suspiro por lo que veo.

En un libro titulado *Notas sobre las cortesanas*, un descendiente de Masahira, Ōe-no-Masafusa^[17], también describe las animadas y voluptuosas costumbres locales:

Las aldeas salpican ambas orillas. En un brazo del río a su entrada en la provincia de Kawachi hay un lugar llamado Eguchi. Allí están las haciendas de Ajiwaraki, perteneciente al Departamento de Medicina, y Ōba, perteneciente al Departamento de Limpieza. Siguiendo el curso del río, en la provincia de Settsu, hay dos lugares llamados Kanzaki y Kanishima. Portillos y casas se suceden en sus calles. Allí grupos de cantoras navegan en barquichuelas con sus pértigas, se acercan a los barcos del río e invitan a los hombres a compartir almohada y colcha. Sus voces se alzan sobre el río hasta más allá de las nubes, la brisa prolonga sus ecos sobre el agua, y no hay viajero que no se olvide de su hogar... Pescadores y mercaderes juntan sus barcos proa con timón, de tal suerte que no parece haber agua. Sin duda es el lugar más despreocupado del mundo.

Yo revolvía vagos recuerdos en busca de fragmentos de esos textos, con la mirada puesta en la desierta superficie del agua que fluía en silencio bajo el claro lunar. Me figuro que todo el mundo pensará en el pasado con nostalgia. Pero a mí, ahora que veo acercarse la cincuentena, me acomete la tristeza del otoño con una fuerza misteriosa que no habría podido imaginar en la juventud; no logro sacudirme la congoja cuando veo las hojas del arrurruz temblar en el viento; y en sitios como aquel y anohecidos semejantes me afecta aún más la impermanencia de los hombres, cuyos afanes se desvanecen sin dejar huella, y se agudiza mi añoranza por el mundo alegre del pasado. Cortesanas famosas mencionadas en las *Notas* se llamaban Kannon, Nyoi, Incensario y Pavo Real. También nos han llegado los nombres de otras: Pequeña Kannon, Yakushi, Yuya, Naruto. ¿Dónde están aquellas mujeres flotantes? Se dice que escogían nombres de guerra con sabor budista en la creencia

de que vender placer sexual era acción digna de un bodhi-sattva. ¿No sería posible que por unos momentos aflorasen a la superficie de aquella corriente, como burbujas del agua, esas mujeres que quisieron pasar por avatares de Samantabhadra y a las que incluso un sabio venerable rindió tributo?

Las casas de cortesanas llenan las márgenes norte y sur del río en Eguchi y Katsuramoto. Esas mujeres se entregan a los deseos de los viandantes; cuando se agote su existencia vacía, dilapidada en frivolidades, ¿cómo será su vida siguiente? Acaso el haber sido cortesanas sea resultado de una vida anterior. Por prolongar una existencia insustancial como el rocío, realizan actos que el Buda ha condenado severamente. Y si malas son sus propias transgresiones, ¿no es aún más vergonzoso que arrastren al error a tantos otros? Sin embargo, muchas cortesanas han renacido en la Tierra Pura; y algunas, viviendo entre pescadores que matan seres vivos, tuvieron especial mérito.

Tal vez, como escribió Saigyō, esas mujeres hayan renacido en el paraíso de Amida, y allí sonrían apiadándose de que lo que no cambie nunca, en ninguna época, sean las miserias de la humanidad^[18].

Según rumiaba a solas esos pensamientos, en mi mente empezaron a perfilarse un par de versos. No fuera a ser que se me olvidaran, saqué el cuaderno de notas y me puse a escribir con un lápiz a la luz de la luna. Me apetecía el sake que quedaba; bebí un trago y escribí; bebí otro trago y seguí escribiendo, y una vez que apuré la última gota tiré la botella al río. En el mismo instante oí crujir las cañas cerca de mí, y al volverme vi que un hombre estaba acuclillado en el cañaverol igual que yo, como si fuera mi sombra. La sorpresa me hizo ser grosero y le miré fijamente; pero él no rehuyó mi mirada. Está espléndida la luna, ¿verdad?, me dijo a modo de saludo con voz sonora. Tiene usted muy buen gusto. Le confieso que llevo aquí un buen rato, pero no he